

poco le vé ocultando su Magestad y grandeza bajo los velos Eucarísticos: allí no hay sombra, allí todo es luz y claridad; por esto déjase ver Jesucristo á la diestra de su Padre, lleno de gloria y de magestad rodeado de los espíritus angélicos que entonan himnos de paz, y le aclaman tres veces santo como al Padre y al Espíritu Santo: los misterios que hoy nos son incomprensibles se nos revelarán si llegamos á conseguir la dicha del cielo. Venid, almas justas, que habeis merecido entrar en ese reino de dulzuras; venid y referirnos algo que nos de á comprender lo mucho que disfrutais: venid y hacernos una pintura fiel de cuanto veis y cuanto gozais ¡Mas qué digo! Los mismos bienaventurados, no podrian hacernos comprender lo que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en corazón de hombre entró, lo que preparó Dios para aquellos que le aman. *Oculus non vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum* (1).

Gozar en buen hora de tanto bien, y de tan inexplicable dicha, vosotros espíritus soberanos, ángeles de paz, adoradores continuos de ese Dios que está lleno de Magestad, y vosotras criaturas felices, que como nosotros fuísteis viadores, y por vuestra fé, por vuestra paciencia, por vuestra ardiente caridad, por vuestro sufrimiento en los trabajos y adversidades, habeis merecido tan extraordinaria recompensa, ya que, pues sois nuestros hermanos y estamos ligados con los fuertes vínculos de la caridad, rogad en ese hermoso templo, en esa Iglesia triunfante, por los que hoy somos viadores y componemos la Iglesia mili-

(1) I. ad. Cor. cap. II, v. 9.

tante, sin olvidaros tampoco de los fieles de la purgante, á fin de que á estos los libre el Señor de sus padecimientos, colmando sus deseos de verle en la gloria, y á nosotros nos conceda el perdón y nos de su gracia, á fin de que caminando de virtud en virtud y revestidos de fortaleza, llegue para nosotros el día feliz en que seamos vuestros compañeros en la patria celestial.

Para gozar tantas dichas, hermanos míos, necesario es que aprendamos los caminos que conducen al cielo, y que por ellos nos dirijamos. ¿Y cuáles son estos caminos? Vamos á verlo en la segunda parte del discurso.

SEGUNDA PARTE.

Desde luego, que admirados vosotros de tales maravillas como en mal trazado boceto acabamos de presentar, habeis adquirido unos grandes deseos de ver por vuestros propios ojos la hermosa patria que os está destinada, y yo creo que deseais preguntarme que debeis hacer para conseguir el logro de vuestros santos deseos. Yo, señores, os contestaré, no con palabras mías, sino con las mismas que el apóstol San Pablo dirigia á los hebreos, poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fe de Jesucristo. *Aspicientes in auctorem fidei, et consumatorem Jesum* (1). Si, cristianos: Jesucristo es nuestro modelo, y á Él es á quien debemos imitar en la regla de nuestra conducta, si queremos penetrar en el reino que nos abriera con su Cruz. Considerad, continúa el Apóstol, á aquel que sufrió tal

(1) Ad. Heb. cap. XII, v. 2.

contradiccion de los pecadores contra su persona para que no os fatiguis, desfalleciendo en vuestros ánimos, porque hasta ahora no habeis resistido hasta perder la vida por vencer el pecado. Jesucristo vino á vencer el pecado, y ved lo primero á que ciertamente está obligado el cristiano: vencer á las pasiones, hacer que triunfe el espíritu en esa lucha ó batalla que continuamente sostiene con la carne rebelde; abatir nuestros malos deseos, con la mortificacion y la penitencia, debe ser la grande obra del cristiano. Muchos son los asaltos del enemigo de nuestra salvacion; pero la gracia que el Señor nos da, y que se va aumentando progresivamente conforme el cristiano se vá haciendo digno de los dones de Dios, nos ayuda para conseguir las victorias, y que nuestras almas, aunque constantemente sitiadas, no sean jamás asaltadas, y aunque poco ó nada podemos por nuestras débiles fuerzas, todo nos es fácil ayudados por nuestro Dios.

Otra cosa hay que por lo comun abate al hombre, y le pone en estado de desesperacion alguna vez, pero esto es al hombre cobarde y de poca fé, y son las adversidades, las aflicciones, las desgracias de que continuamente nos vemos rodeados en este valle de lágrimas en que vivimos. Ved otra de las cosas que debemos procurar vencer, cosa que nos será fácil lograr poniendo nuestra vista en el autor y consumidor de nuestra fé, Jesus. *Aspicientes in auctorem fidei, et consummatorem Jesum.* Y desde luego, cuando nuestro divino Redentor se presenta al mundo, naciendo segun la carne, no bajo la dorada techumbre de un palacio, sino en un pesebre y entre humildes pajas; cuando siendo el dueño del cielo y de la tierra, se somete á salir huyendo para Egipto en los brazos de su tierna

Madre, sufriendo el frio de la estacion mas rigurosa, todo lo hizo para nuestro ejemplo. Contempladle en los tribunales en presencia de los jueces sufriendo en silencio y con la mayor resignacion un sinnúmero de afrentas y viles calumnias: traed á la memoria su penoso tránsito por el camino del Calvario: allí se vió rodeado de insolente chusma, á quien sirve de mofa y diversion. ¡Cuántos tormentos, cuántos ultrajes! Seguid sus pasos hasta el monte de las Calaveras, y presenciareis la mas trájica, la mas dolorosa de las escenas. Todo fué en aquel lugar una cadena de inesplicables tormentos que duraron hasta que el sacrificio cruento se hubo consumado en el leño de la Cruz. Jesus como habia anunciado, resucitó al tercer día de su muerte, y despues de permanecer cuarenta dias entre los suyos, subió glorioso á los cielos á ocupar su trono de gloria á la diestra de su Eterno Padre. ¿Y cómo subió á los cielos? El profeta Micheas lo habia anunciado muchos años antes. *Ascendet enim pandens iter ante eos.* Subió delante de nosotros abriéndonos y enseñándonos el camino (1).

Ahora bien, señores; cuando Jesucristo se trasfiguró en el Tabor, en presencia de los tres apóstoles, oyóse la voz del Padre que dijo: Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias, oidle: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui: ipsum audite.* Si hemos, pues, de complacer al Padre, necesario es oír al Hijo. ¿Y qué nos dice? Que si queremos ser contados entre sus discípulos, si deseamos entrar en esa gloria que Él nos abrió con su cruz, ha de ser por el camino de las tribulaciones y del sufrimiento, al modo que

(1) Mich. cap. II, v. 13.

nos dió el ejemplo sufriendo y padeciendo con resignacion. Terminantemente nos lo advierte en el Evangelio. El que no lleva su cruz á cuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (1). La cruz es el verdadero patrimonio del hombre : á todos ha repartido el Señor sus cruces. Lo que falta saber es el cómo debe conducirse para que consigamos el premio. Con resignacion al modo que el paciente de Hus. ¿ Ves, oh cristiano, que una desgracia inesperada te ha privado de aquellos bienes en los que fundabas tu esperanza para la vejez? Pues resígnate con paciencia: eleva tus ojos á Dios, y dí como Job. «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó, bendito sea su nombre.» ¿Te ves vilmente calumniado por tus adversarios? Pues lejos de desear mal al enemigo, perdónale, sufre con resignacion, y ofrécelo á Jesucristo en recuerdo de las calumnias que sufrió. Esto no impide el que como es debido salgas á la defensa de tu honra, pero sin espíritu de venganza. ¿ Ves á un hijo amado lleno de dolores que le hace sufrir una penosa enfermedad? No te entregues á la desesperacion ni murmures de la Providencia. No amarás tú á tu hijo mas que recíprocamente se amaban Jesus y María, y ambos se miran en medio de sus grandes penas, y no exhalan la menor queja, y cumplen gustosos las órdenes de la Providencia. ¿Te ves postrado en el lecho del dolor, sufriendo mortales angustias, y conociendo que estás próximo á abandonar el mundo? Pon tu mirada y tu entendimiento en el autor y consumidor de nuestra fé, Jesucristo nuestro Señor: representátelo en tu imaginacion pendiente de la Cruz, sufriendo las mas terribles agonias, y todo por

(1) Qui non bujulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Luc. cap. XIV. v. 27.

nuestra salvacion. Esta consideracion te hará llevar los trabajos y suaves las aflicciones, y de este modo habrás llevado tu cruz, y seguido á nuestro Maestro por el camino que conduce al cielo.

Los trabajos y aflicciones de esta vida son muchas veces pruebas del amor de Dios para con sus criaturas: por eso dice San Pablo, que Dios castiga al que ama, y azota al que recibe por hijo (1). Porque en efecto, las criaturas aceptables al Señor, deben probarse en la tribulacion (2). Bien sabeis que aunque nuestros pecados se nos hayan perdonado en la confesion, no se perdona la pena y sí la culpa, y lo que de no haberlo confesado se hubiera pagado con el fuego eterno del infierno, tiene que pagarse en este mundo ó en el purgatorio. ¿Y no es una bondad extraordinaria de Dios el hacernos sufrir en esta vida para purificarnos, evitándonos por este medio el padecer en el purgatorio? Otras veces las tribulaciones son castigos del Señor por nuestros pecados y avisos saludables para que se obre nuestra conversion. De todos modos, el cristiano debe humillarse y besar la mano que le hiere, en la consideracion de que son benignos todos estos castigos para lo que merece por sus culpas.

A Dios, mis hermanos, no podemos llegar sino por la práctica de las virtudes: ved aquí otra ventaja de las tribulaciones sufridas con resignacion. El que sufre por Dios, y lleva con paciencia todos sus trabajos, ejercita en un acto todas las virtudes. Cae sobre la cabeza del cristiano, el terrible golpe de una tribulacion inesperada, que parece va á agoviar todas sus fuerzas: pero afortunadamente no sucede así, porque

(1) Ad. Heb. cap. XII. v. 6.

(2) Eccli. cap. II. v. 5.

poniendo su mirada en Jesucristo, recuerda sus deberes y recibe humillado y como un regalo de la Providencia aquella adversidad. En primer lugar ha ejercitado la virtud de la fé, porque muestra creer en Jesucristo, cuando así le oye y sigue su doctrina. La esperanza porque no acongojándose por lo que será de él en lo sucesivo, en el acto de resignarse gustoso, da pruebas de su confianza en Dios. La sublime virtud de la caridad, porque no se obedece á quien no se ama, y esto prueba que ama Dios á quien ofrece al sacrificio, y que ama á su prójimo contra quien no pide venganza, por mas que haya sido el instrumento de su desgracia. ¿Y de qué modo mejor podria mostrar su humildad y su obediencia que dando á Dios gracias porque le ha visitado en la adversidad? ¡Qué agradable es á Dios el alma del cristiano, cuando de este modo le busca! En verdad, mis hermanos, que no encuentro yo mérito en el que rinde á Dios debidas gracias, en medio de la prosperidad, y cuando no se ve rodeado de tribulacion, de angustia ó de enfermedad. El mérito grande está en hacerlo con tanto mas fervor, cuanto mayor sea la adversidad de que estamos rodeados. ¡Ah! ¿Cuántas almas llegaron á la perfeccion y fueron justificadas por sufrir con resignacion las aficciones!

Ved, pues, como el camino de la cruz es el que conduce al cielo. ¿Vosotros deseais con anhelo disfrutar de esa celeste patria que Jesucristo nos conquistó con su cruz? ¿Deseais ser en el cielo compañeros de los bienaventurados? Pues ya sabeis los medios, que no son otros que el sufrimiento y la paciencia en los trabajos de la vida, con cuyo ejercicio practicareis todas las virtudes y seguireis en pos de Jesucristo, el

cual os recibirá en sus brazos á la hora de vuestra muerte para llevaros á que forméis coro con sus escogidos.

Y vosotros hombres mundanos, que á la menor incomodidad, á la mas mínima afliccion, blasfemais de la Providencia: vosotros cobardes que no sabeis sufrir la menor injuria, y que sois conducidos por el espíritu de venganza á querer lavar con sangre una expresion del prójimo que os haya ofendido: vosotros los que formais proyectos de suicidio apenas os veis envueltos en la tribulacion, sabed que para vosotros no es el reino de los cielos, que no sereis habitantes de esa córte del omnipotente Dios, sino os arrepentís y mudais de conducta. ¿No quereis andar por el camino del cielo porque está sembrado de espinas y de abrojos? Pues bien, seguid el camino que os presenta el mundo sembrado de bellas y olorosas flores; pero no olvidéis que ese camino conduce necesariamente al infierno. En tiempo estais de decidiros: entrad dentro de vosotros mismos y ved lo que debéis hacer. ¿Desoiréis por mas tiempo las voces de Jesucristo? ¿Tendrán mas fuerza para vosotros los llamamientos del demonio, que los de aquel Dios de amor que vertió su sangre por salvarnos? ¿Los placeres de cuatro dias, tendrán para vosotros tal estímulo que os hagan renunciar á los placeres eternos de la gloria? No lo creo: antes por el contrario espero que conociendo vuestros extravíos y llorando vuestras pasadas infidelidades, os propongais desde este dia seguir en pos de Jesucristo, abrazándoos con su cruz, sufriendo con resignacion y con paciencia cuantas tribulaciones se digne enviaros.

Hagámoslo así todos, amadísimos hermanos. Por

que ¿qué son las tribulaciones del mundo, las angustias, la pérdida de los bienes, los dolores, las enfermedades y toda suerte de aficciones, comparadas con la gloria que se nos ofrece en recompensa? ¡Considerad, que tormento tan extraordinario sería el del santo español Lorenzo, teniendo que sufrir el martirio en las parrillas! ¡Qué no sufriría San Eustaquio encerrado en el toro de bronce y colocado entre las llamas! ¡Cuánto no sufriría un Serapio cuando le sacaron las tripas á torno! ¿Y por qué estos y otros innumerables mártires fueron gustosos á los tormentos, como si fueran á echarse en una cama de blandas plumas? Porque fijaron su mirada en Jesucristo, y veían la recompensa de la gloria que iban á recibir. Y á nosotros á quienes no se nos piden los tormentos del martirio, ¿seremos tan cobardes, que ni aun siquiera nos decidamos á sufrir alguna adversidad por conseguir lo que aquellos consiguieron por los tormentos?

Vengan ¡oh Dios de amor! Vengan sobre nosotros aficciones de todas clases, vengan la tribulación, la escasez, la enfermedad á visitarnos, si por estos medios hemos de lograr veros y alabaros en el Empíreo. Solo os pedimos que nos concedais vuestros auxilios y vuestra gracia, á fin de que no nos acobardemos por nuestra miseria y la debilidad de nuestras fuerzas en medio del camino. Desde ahora os ofrecemos todo cuanto hayamos de padecer en los días que nos resten de peregrinación en este valle de lágrimas. Recibid, Señor, nuestro ofrecimiento, y haced que el día de nuestra muerte sea el primero de nuestra verdadera vida en la patria de la gloria, donde cantemos vuestras alabanzas por eternidad de eternidades ¡Amen! ¡Amen..!

SERMON 2.º

PARA LA SEGUNDA DOMINICA DE CUARESMA.

Las maravillas de su establecimiento prueban la verdad y divinidad de la religion católica.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es que nos estemos aquí.
Math. cap. XVII.

Desde el momento en que se estableció la religion católica, y la luz del Evangelio empezó á alumbrar á las naciones, sacándolas de las tinieblas de la idolatría, Jesucristo, su fundador divino, empezó á ser buscado por toda clase de hombres, empero con notable diferencia y con motivos bien diversos. Admirados unos de la sublimidad de la doctrina evangélica y abrazando gustosos la fé predicada por los apóstoles y discípulos de Cristo, le buscaban, es decir, abrazaban sus preceptos, seguían sus consejos y se constituían defensores de su divina ley, esponiendo sus vidas, que muchos perdieron gustosos en crueles tormentos. En vano á estos y á los que despues en